

Karine Bernal Lobo

# EL PERFUME DEL REY



KARINE BERNAL LOBO

# EL PERFUME DEL REY

Entre el poder y el amor  
hay una línea peligrosa

*Serie Rey, 1*





La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del texto: Karine Bernal Lobo, 2023

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustraciones del interior y de la cubierta: © Álvaro Cardozo, 2023

Primera edición en Colección Booket: octubre de 2025

Depósito legal: B. 13.859-2025

ISBN: 978-84-08-30965-9

Impreso en España



1

## MISHNOCK

HELIA 7, ESTADO TEMPORAL 5, AÑO 2



—¿Emily, me estás prestando atención? —cuestiona Rose, chasqueando los dedos frente a mis ojos cafés.

La piel morena de quien ha sido mi mejor amiga desde la infancia reluce bajo la luz de la habitación y su melena caoba se mueve de lado a lado mientras me reclama.

—Lo hago —miento. Desconozco lo que ha dicho en los últimos diez minutos.

—Entonces, ¿me acompañarás? —Su voz está llena de entusiasmo.

—¿A dónde?

—¿Ves que no me escuchas? —se queja—. El joven que me gusta pidió vernos y, bueno, no es posible hacerlo de día, así que acordamos reunirnos en la noche y necesito que me acompañes. ¿Las diez estaría bien para ti?

—¿Crees que Erick Malhore va a dejarme salir a esa hora? Además, ¿por qué no puedes verte con él de día? ¿Qué esconde?

—Te prometo que te lo contaré todo si me acompañas. Hazlo por tu amiga de años, la persona que más te quiere en la vida —ruega, haciendo brillar el marrón de sus ojos—. Sé que tu padre no va a dejarte ir, así que tendrás que escaparte. Eso es lo que yo haré, porque mi madre tampoco me lo permitirá.

—No lo sé, Rose Alfort. —Desvió la mirada con duda hacia la lámpara que hay en mi mesa de noche, buscando una respuesta en la luz amarilla que parece crear un cálido atardecer cuando se refleja en las paredes claras de mi habitación.

—Es el amor de mi vida. Debes ayudarme a que no se escabulla.

—Has tenido más de mil amores de tu vida.

—Este es el verdadero, lo juro. Es un militar de Mishnock. ¿Quién soy yo para resistirme a ese uniforme azul y vino? —insiste esperanzada—. Míralo como un favor a la nación. Yo hago feliz a un soldado y él va motivado a pelear en la guerra.

Camina hacia mi armario, que está a punto de reventar debido al sinfín de vestidos que contiene, abre las puertas y toma algunos trajes, muchos, de diversos colores y formas. Se para frente al espejo de aquel tocador lleno de ornamentos y empieza a probarse uno tras otro.

—Necesito que me prestes uno. Tus padres pueden comprarte mejores vestidos que los míos y en verdad quiero deslumbrar a mi futuro esposo.

—¿Cómo que futuro esposo?

—Hay que profetizarlo; si lo creo, se cumplirá. Por cierto, mira —dice, se vuelve hacia mí y extiende un papel—, lo conseguí fuera de las oficinas del periódico. Es la lista de los mejores solteros de Palkareth.

Paso la mirada por el papel con los nombres de los hombres y sus edades. Rose tiene una ligera obsesión por capturar a uno de ellos y se esmera por estar presente en todas las fiestas en las que pueda encontrar uno.

—El príncipe Stefan es el primero, aunque, bueno, está fuera de mi rango. Demasiado inalcanzable como para intentarlo —menciona.

Hasta donde Rose me ha contado, nunca lo ha visto en los eventos, es un misterio con corona. Y a aquellos bailes monárquicos a los que él sí asiste a ella jamás la invitarían. Si han de otorgarme la suerte de alguien, ruego que no sea la de mi amiga.

—No conozco a ninguno de esta lista —confieso después de leer.

—Es porque no tenemos ningún título. No pertenecemos a las altas casas de la nación, pero ahí está el hombre con el que voy a verme mañana.

—¿Es un noble? —pregunto confundida—. Recuerdo haber escuchado que se trataba de un militar.

—Sí, lo es. Unirse a la armada le otorgó su título y él ahora me lo dará a mí.

Unos toques en la puerta nos sobresaltan. Escondo la lista detrás de mi espalda como si se tratara de un vergonzoso asunto del que nadie se debe enterar y finjo normalidad frente a Mia, mi hermana menor, que se apoya en el marco, observándonos con el hastío de quien es obligado a servir como mensajero.

—Papá te espera abajo. Necesita hablar contigo y con Liz.

—¿Podrías saludar a Rose? —la reprendo.

—Ya lo hice, incluso me enseñó la lista de los solteros. Ahora baja, que te están esperando.

Dejo a mi amiga en la habitación y voy tras el llamado. Al bajar las escaleras encuentro a mis padres y a mi hermana mayor en el comedor, rodeados de un silencio sepulcral que me alarma.

—¿Algo anda mal? —cuestiono ante la urgencia del encuentro.

—Todo lo contrario —sostiene mamá con la emoción de quien ha ganado un premio—. Mañana será un día atareado para los Malhore. Tendremos una cena muy importante.

¿Cena? ¿Se interpondrá en mis planes con Rose?

—¿Hasta qué hora?

—¿No te interesa saber con quién? Creo que eso es más relevante.

—Tienes razón, lo siento —me disculpo y tomo mi lugar en la mesa, nerviosa.

—Inversionistas —interviene mi padre—. Vienen desde Lacrontte, pues hasta allá ha llegado la buena fama de nuestros perfumes.

—Increíble. Lo que todavía no entiendo es qué tenemos que ver Liz y yo en esto —indago al notar que ella ha permanecido en silencio.

—Es probable que alguno de ellos esté interesado en nosotras —explica ella finalmente—. No es una cena de negocios, sino de relaciones. Nadie vendría desde tan lejos solo para ayudar a un negocio del reino enemigo.

Mi atención se vuelve hacia mi padre en busca de una respuesta.

—Es una deducción. No deben alarmarse; jamás las obligaría a hacer algo que no quisieran.

—No quiero casarme —alego asustada. Aunque estoy segura de que aceptaría si mis padres me lo pidieran, porque haría cualquier cosa por ellos. Quiero que siempre me vean como una ayuda, nunca como una carga.

—Aquí nadie va a casarse —me asegura—. Los recibiremos y veremos qué necesitan, si vienen exclusivamente por negocios o por algo más. Y si llegaran a decirme que invertirán a cambio de la mano de una de ustedes, diré que no. No las voy a vender a nadie por unos tritens.

—Aun así, es nuestro deber ponerlas al tanto para que no se lleven una sorpresa —aclara mamá—. Ustedes son las únicas en edad de casamiento. No lo digo solo por ser su madre, pero las dos son hermosas.

—¿Eso es todo? ¿Ya puedo retirarme? —pregunto con un nudo en la garganta. Me angustia imaginar un matrimonio por conveniencia con alguien a quien no conozco y, por ende, no amo. Para mi suerte, papá asiente.

Corro escaleras arriba, chocándome con Mia en el camino. Su cabello oscuro cae en mi torso, mientras los ojos cafés distintivos de todos los Malhore me observan con curiosidad.

—¿Liz y tú van a casarse? —cuestiona con algo de aflicción.

La tomo de la mano y la llevo hasta mi habitación, donde Rose ya tiene puesto uno de mis vestidos. En el interior, las cortinas ondean como pequeños fantasmas flotantes por la brisa de la noche que se cuela por la ventana, agregando más tensión al ambiente lleno de zozobra. Corro hasta el marco y cierro el cristal temblorosa y con la respiración sofocada por el raudal de ideas fatalistas que cruzan por mi mente.

—Respóndeme —insiste.

—¡Claro que no! Papá dijo que no nos comprometería por dinero.

—¿Vas a casarte? —pregunta mi amiga.

—¿Acaso nunca se va a terminar este tema? ¡Dije que no! —reitero exasperada—. Mi papá no nos haría eso.

—Quizás sí sea nuestro deber aceptar. —Liz irrumpe en mi alcoba con una expresión neutra en su rostro, pero la conozco, sé que está escondiendo el mismo temor que siento en este momento—. Las cosas no marchan del todo bien en la perfumería desde que se intensificó la guerra contra Lacrontte.

—¿Acaso no vendemos? No he escuchado a mis padres quejarse.

—Lo hacemos, nos mantenemos a flote; sin embargo, eso no asegura que sea así para siempre. ¿Has visto las noticias? La frontera cada vez está más golpeada, el ejército de Lacrontte nos sobrepasa en número y sé que en poco tiempo ya nadie estará interesado en comprar perfumes, les importará más abastecerse de comida ante la amenaza de un nuevo ataque.

—No quiero quedarme sola —habla Mia.

—Debes entender que, como tus hermanas mayores, debemos ayudar a nuestros padres, y un compromiso supondría un alivio para ellos. Tendrían una hija menos de la cual encargarse.

—Ustedes solamente son tres —interviene Rose—. Además, están económicamente muy por encima del promedio de los plebeyos. Ya quisiera tener la mitad de las cosas que ustedes tienen. Pueden permitirse vestidos hechos a mano, y Emily incluso tiene pendientes de plata.

—Y los tendrá que vender si la situación del reino continúa así —dice Liz.

—Después de mis tutorías puedo buscar trabajo —contesto—. Eso no afectará la perfumería porque ustedes seguirán ayudando a mis padres.

—Yo también puedo conseguir uno y le daré la mitad de mi sueldo a Emily —apoya mi amiga—. Bueno, quizás el treinta por ciento.

—Emily, si alguno nos propone matrimonio, es necesario que estemos abiertas a aceptar el compromiso. Espero ser yo para que tú puedas seguir con cualquiera que sea tu sueño.

Liz sale de la habitación, llevándose a Mia después de ponerme una soga en el cuello, porque si de algo estoy segura es de que no quiero casarme con nadie a quien no ame.

—No te preocupes, podemos vender cosas en el mercado. Mis padres y yo siempre compramos objetos en tiendas de segunda mano, así que podríamos llevar algo que no uses y recaudar dinero —sugiere Rose, intentando reconfortarme—. Esto va a sonar fuera de lugar y un poco egoísta, pero... ¿sí me acompañarás mañana a reunirme con el amor de mi vida?

—Bien. Mañana a las diez de la noche —cedo desganada—. Ojalá no nos arrepintamos de esto.

Quiero convencerme de que estoy haciendo algo bueno al ir con ella y solo concentrarme en eso. Aunque lo cierto es que la posibilidad de terminar comprometida con alguien del reino Lacrontte no me abandona. Ellos son el enemigo, todo lo que me enseñaron a temer y ahora los tendré en frente como a futuros aliados, mientras ruego en silencio que ninguno haga una propuesta que me arranque de mi hogar. La última cosa que deseo es convertirme en una súbdita del impiadoso rey Magnus.